

John Hospers

LA CLASIFICACIÓN *

Probablemente no hay dos cosas en el mundo exactamente iguales en todos los aspectos. En consecuencia, no importa cuán parecidas pueden ser estas cosas, podemos utilizar las características en que difieren para ponerlas en clases diferentes. Así, incluso si dos carámbanos fueran exactamente iguales por su forma, tamaño y estructura química (incluso examinados bajo un potente microscopio) - aunque, sin duda, esto nunca ocurriría - podríamos llamarle a uno, por ejemplo, «flep» y al otro «flup» porque uno cuelga en el lado norte de la casa y el otro en el lado este. (Estaríamos usando «flep» para referirnos a todo carámbano de ese tamaño, forma y composición específicos, que cuelgue en el lado norte de tal y tal tipo de viviendas.) O, si los dos carámbanos exactamente iguales cuelgan a un centímetro de distancia, podríamos hacer que el hecho de que uno esté al oeste del otro sea base para colocarlos en clases diferentes y usar palabras diferentes para ellos. *Podríamos* hacer tan detallados y específicos los criterios de pertenencia a una clase que en todo el universo no existiese más que un miembro de cada clase. En la práctica no lo hacemos, pues el lenguaje sería tan inmanejable como si todas las palabras fuesen nombres propios. Lo que hacemos es usar palabras de clases bastante inclusivas, como «vaca», y luego, si surge la necesidad, podemos hacer que las diferencias dentro de la clase sean base para nuevas distinciones, tales como «vaca alemana», «vaca moteada», etc., señalando tantas subclases dentro de la principal como nos parezca conveniente. (Toda profesión realiza este proceso de subdivisión en mayor medida que el hombre de la calle. Hablamos vagamente de huesos, nervios y músculos, pero los médicos deben hablar de glándulas pituitarias, ganglios, médula oblonga, etc.)

Del mismo modo, no hay probablemente dos cosas en el universo tan diferentes una de la otra que no tengan algunas características en común que puedan ser convertidas en base de pertenencia a una misma clase. Por ejemplo, un pensamiento y un montón de arena son enormemente diferentes, pero ambos son «entidades temporales», esto es, ocurren en el tiempo. Los triángulos, árboles, la raíz cuadrada de -1, correr y la relación de estar encima, aunque pertenecen a categorías muy diferentes, tienen en común al menos el hecho de que todos ellos han sido pensados por mí en los últimos diez minutos. En la práctica, este hecho difícilmente justifica el inventar una palabra que los incluya todas juntas, pero se puede hacer: podríamos usar un sonido, por ejemplo, «biltrus», y decir que un biltrus es cualquier cosa pensada por mí. A menudo, de hecho construimos clasificaciones más amplias e inclusivas, como «vaca Guernsey», «vaca», «mamífero», «animal», «organismo», «objeto físico», «cosa existente», aplicándose cada palabra sucesiva a más y más cosas, porque los requisitos de pertenencia a la clase son progresivamente menos y menos restrictivos¹³.

o

¿Hay clases naturales? Las características comunes que tomamos como criterio para el uso de una palabra general son asunto de conveniencia. Nuestras clasificaciones dependen de nuestros intereses y nuestra necesidad de reconocer las similitudes y diferencias que hay entre las cosas. Muchas clasificaciones que se solapan pueden ser igualmente válidas. Los animales son clasificados de una manera por el zoólogo, de otra por la industria peletera, de otra aún por la industria del cuero. Las casas son clasificadas de una manera por el arquitecto, de otra por el inspector del gas, y de otra aún por el departamento contra incendios. Más aún, podríamos inventar muchas clases especiales diferentes de las que tenemos, si quisiéramos, pero dado que no hay necesidad de ello, no nos molestamos en hacerlo. Sin duda, en el mundo hay mesas que han sido pintadas dos veces, subidas al piso de arriba después de veintiún años de uso, bajadas de nuevo y vendidas como antigüedades. Pero no hemos de molestamos en inventar una palabra para las mesas que poseen en común este bastante particular conjunto de características.

Hay tantas clases posibles en el mundo como características comunes o combinaciones de éstas que puedan convertirse en base de clasificación. Aquellas a las que estamos más acostumbrados tendemos a considerar como las clases «naturales», inevitables, las únicas clasificaciones correctas. Esto, por supuesto, es un error. Si estuviésemos más interesados en los colores de las criaturas en vez de en sus figuras o si los animales siempre se cruzasen de acuerdo con su color, pero los descendientes de los mismos padres tuviesen una variedad caótica de formas, tamaños, número de patas, etcétera, entonces, sin duda, consideraríamos más «natural» o más «correcta» la clasificación por el color que por cualquier otro método. Si ser venenosos o no venenosos, o ser susceptibles de ser domesticados, dependiese siempre del color, sin duda los clasificaríamos por colores.

La naturaleza nos guía, pero no nos impone la selección de clases. La naturaleza nos guía en el sentido de que con frecuencia encontramos en ella ciertas *combinaciones de características regularmente recurrentes*, de modo que parece útil asignar un nombre a la combinación. Supongamos (aunque esto es una excesiva simplificación) que usamos la palabra «perro» para todo mamífero que ladre, tenga orejas largas, morro largo y menee el rabo cuando esté contento y excitado. La clase de los perros es una clase natural en el sentido de que estas características se dan juntas con regularidad (no con regularidad perfecta, sin embargo: en la naturaleza hay «monstruos» o fenómenos). Por ejemplo, hallamos que criaturas que poseen las otras características «perrunas» generalmente ladran, y no maúllan ni silban. Es conveniente, por tanto, reunir todas estas criaturas bajo una palabra de clase, «perro». Una combinación de características diferentes pero superpuesta se emplea para el uso de la palabra «gato». Digamos que todo lo que posee las características A, B, C y D se llama «perro», y todo lo que tiene las características A, E, F y G se llama «gato». Podríamos, si quisiéramos, inventar otra palabra y usarla para referimos a lo que posea las características B, E, H y J, por ejemplo, ser mamífero de cinco pies, de color verde, que tiene el morro delgado y ronronea. Pero en la medida en que sabemos que no hay tales criaturas, es simplemente inútil inventar tal clasificación.

¿Son artificiales o naturales las clases? Como ocurre con harta frecuencia, la respuesta depende del significado de la pregunta. Las clases están en la naturaleza en el sentido de que podemos encontrar en la naturaleza las características comunes, esperando (por así decir) que las convirtamos en base de una clasificación. Por otro lado, las clases son

artificiales en el sentido de que el *acto de clasificar* es una actividad de los seres humanos. dependiente de sus intereses y necesidades. Podríamos haber hecho clasificaciones completamente diferentes de las que hicimos seleccionando, de la infinita reserva de la naturaleza, grupos *diferentes* de características comunes (como base de la clasificación) de los que seleccionamos.

Ampliación de una clasificación. Cuando deseamos poner nombre a una clase de cosas que es parecida pero no igual a una clase para la que ya tenemos un nombre, nos enfrentamos con una elección: ¿entenderemos el nombre antiguo para que abarque las cosas diferentes pero similares, o dejaremos como estaba el nombre antiguo e inventaremos uno nuevo para la nueva clase? ¿Llamaremos a las nuevas armas antitanques «cañones» (con algún adjetivo calificativo al lado) en base a su semejanza con las cosas que llamamos «cañones», o le pondremos un nuevo nombre, «bazookas», en base a sus diferencias con las cosas que llamamos «cañones»? ¿Diremos del comunismo que es una religión, a causa de ciertas características de devoción, lealtad fanática e inmersión del yo en una causa común, que comparte con formas de vida y pensamiento a las que nos referimos como religiones, o le negaremos el término «religión» porque no profesa creencia en un Ser sobrenatural? ¿Y qué pasa en el caso de un elemento químico que posee todas las características asociadas con el nombre menos el peso atómico? ¿Lo consideraremos clase diferente y lo distinguiremos con un nombre nuevo, o retendremos el antiguo, quizá distinguiendo este grupo del resto de la clase por medio de la palabra «isótopo»?

Si usamos el nombre antiguo, estaremos imponiendo menos gravamen a la memoria que con la palabra nueva. Más importante aún es que, usando la misma palabra para ambos, estaremos llamando la atención sobre la semejanza entre la nueva clase y la antigua. Pero al mismo tiempo estaremos obscureciendo las diferencias entre las cosas nuevas y las antiguas, tendiendo a hacer creer a los demás que la cosa nueva es exactamente igual a la antigua porque tienen el mismo nombre. Por el contrario, si usamos una palabra nueva pondremos en claro la diferencia, pero también podemos tender a impedir que los demás (así como nosotros mismos) se percaten de las similitudes genuinas existentes entre las dos.

El procedimiento que adoptemos en un caso particular dependerá en gran medida de si son los parecidos o las diferencias lo que nos llama la atención como más relevante. Y a menudo la principal consideración al estimar esa importancia es la preservación de un sistema completo de clasificación (como en el ejemplo del isótopo), tal como la tabla periódica de los elementos, con todo su valor para la explicación y predicción de numerosos hechos sobre los elementos químicos. Clasificamos de tal forma que preservamos el sistema completo de clasificación.

Notas

13 A veces la adición de más restricciones no hace más pequeña la clase: «animal racional», «animal racional con oposición del pulgar de la mano», «animal racional con oposición del pulgar de la mano y columna vertebral», etc., denotan todos al hombre. Pero la adición de más restricciones no puede, por supuesto, hacer más grande la clase.

En *Introducción al análisis filosófico*, Alianza Editorial, Madrid, 1976, 1, págs. 65-69.